

MONÓLOGOS DE CARÁCTER CÓMICO. PERSONAJES MASCULINOS.

SUEÑO DE UNA NOCHE VERANO, William Shakespeare.

Acto Tercero. Escena II.

PUCK: Mi señora está enamorada de un monstruo. Mientras cerca de su retiro sagrado y solitario pasaba la hora de su lánguido sueño, ha llegado una compañía de cómicos imbéciles, de groseros artesanos que trabajan para ganarse la vida en las tiendas de Atenas. Venían a ensayar una pieza que debe representarse el día de las bodas del insigne Teseo. El más necio de la estúpida cuadrilla, encargado del papel de Píramo, ha salido de escena y ha entrado en un matorral. Yo he aprovechado el momento para encasquetarle una cabeza de asno. Al tocarle el turno de volver a escena para contestar a Tisbe, mi actor ha salido. Apenas le han visto los demás, cuando han huido, semejantes el ánade silvestre que ha encontrado el ojo del cazador en acecho o a una bandada de chovas rojizas al escuchar la detonación del mosquete, que ora bajan, ora alzan el vuelo, y de pronto se dispersan y hienden los campos del aire con precipitado aleteo. Al ruido de mis pasos, cae de vez en cuando uno por tierra, gritando que lo asesinan y pidiendo socorro a Atenas. En su turbación, sus insensatos terrores se forjaron un enemigo de cada objeto inanimado. Los abrojos y espinas desgarraban sus vestidos: a éste la manga; a aquél el sombrero, que se apresuraban a abandonar. Mientras los cazaba de este modo, había dejado en la escena al lindo Píramo en su metamorfosis, cuando Titania ha despertado y en seguida se ha enamorado de un jumento.

LA PETICIÓN DE MANO, A. Chejov.

Escena Segunda.

LOMOV: Brrr... Hace frío... Estoy temblando como ante un examen. Lo principal es decidirse, porque si uno piensa mucho, vacila, habla mucho, y espera su ideal, su verdadero amor, entonces no te casas nunca... Brrr!... ¡Hace frío! Natalia Stepánovna es una excelente ama de casa, no es fea, es instruida... Entonces, ¿Qué más necesito? Sin embargo, de los nervios, ya empiezan a zumbarme los oídos... Pero debo casarme. En primer lugar, ya tengo treinta y cinco años, la edad, por así decirlo, crítica... En segundo lugar, necesito una vida regular y ordenada. Estoy enfermo del corazón, tengo palpitaciones. Soy irascible, y siempre estoy muy irritado... Ahora, por ejemplo, me tiemblan los labios y siento un tic nervioso en la sien derecha. Pero lo que más me horroriza es el sueño; apenas me acuesto en la cama, apenas comienzo a adormecerme, de repente algo en el costado izquierdo... ¡zas! Un tirón; derecho al hombro y a la cabeza... Salto como un loco, paseo un poquito y me acuesto otra vez; pero, ni bien comienzo a adormecerme, en el costado otra vez... ¡zas! Y así como veinte veces...

EL AVARO, Molière.

Acto Cuarto. Escena VII.

HARPAGÓN.- (*Gritando desde el jardín y sin sombrero*)

¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Al criminal! ¡Justicia, justo cielo! ¡Estoy perdido! ¡Asesinado! ¡Me han cortado el cuello! ¡Me han robado mi dinero! ¿Quién habrá podido ser? ¿Dónde habrá ido a parar? ¿Dónde está? ¿Dónde se esconde? ¿Cómo haré para encontrarlo? ¿Adónde ir...? ¿Adónde no ir...? ¿No está ahí? ¿Quién va...? ¡Detente! ¡Devuélveme mi dinero, bandido...! (*A sí mismo, agarrándose el brazo.*) ¡Ah, soy yo! Mi espíritu está trastornado; no sé dónde me encuentro, ni quién soy, ni lo que hago. ¡Ay! ¡Mi pobre dinero! ¡Mi más querido amigo! Al privarme de ti, al arrebatárteme, he perdido mi sostén, mi consuelo, mi alegría; se ha acabado todo para mí, y ya no tengo nada que hacer en el mundo. Sin ti, me es imposible vivir. Se acabó, no puedo más; me muero... Estoy muerto; estoy enterrado... ¿No hay nadie que quiera resucitarme, devolviéndomelo, o diciéndome quién me lo ha robado? ¡Eh! ¿Qué decís? No hay nadie. Quizá el autor del golpe habrá acechado el momento con mucho cuidado, y ha escogido precisamente el momento que yo hablaba con el traidor de mi hijo... Salgamos. Voy a buscar a la justicia, y haré que den tormento a todos los de mi casa; a sirvientas, a criadas, al hijo, a la hija, y, si es preciso, también a mí. ¡Cuánta gente reunida! No pongo la vista en nadie que no despierte mis sospechas, y todos me parecen el ladrón. ¡Eh! ¿De qué se habla ahí? ¿Del que me ha robado? ¿Qué ruido hacen arriba? ¿Está ahí el ladrón? Por favor, si alguien sabe noticias de mi ladrón, suplico que me informen. ¿No está escondido entre vosotros? Todos me miran y se ríen. Ya veréis como tomaron parte, a no dudarlo, en el robo de que he sido víctima. ¡A mí comisario, alguaciles, prebostes, jueces, tormentos, horcas, verdugos...! Quiero colgar a todo el mundo, y si no encuentro mi dinero, me ahorcaré yo después...

NINETTE Y UN SEÑOR DE MURCIA, Miguel Mihura

Acto II.

ANDRÉS.- ¿Amaba yo a Ninette o no la amaba? Mejor dicho, ¿lo estaba pasando bien con ella, o no? Hay que reconocer que si con ella no lo estaba pasando bien es que decididamente era tonto, ya que el sueño de toda mi vida se estaba realizando punto por punto. ¿Por qué, entonces, estaba yo de tan mal humor? ¿Acaso porque este plan no se lo podía contar a nadie, o tal vez, porque no podía salir a la calle y ver París? Indudablemente este asunto de las mujeres es muy complicado y resulta que cuando uno analiza su caso y está convencido de que, científicamente, lo está pasando la mar de bien, la verdad es que no lo está uno pasando tan bien como parece y que toda esta aventura me estaba ya hartando. Y, sin embargo, cuando Ninette salió y desde la ventana vi cómo se reunía con René y después de cambiar unas palabras cruzaba la calle y se metían en el bar de enfrente, me quedé un poco triste. Y me entristecí mucho más cuando pasaron diez minutos y después quince, y después veinte y ninguno de los dos salía de aquel endemoniado café, del que llegaba a mis oídos una musiquilla de acordeón. O sea, que cuando ella estaba conmigo, me sentía atado y nervioso. Pero ahora que se había marchado con su antiguo novio, no sólo la echaba de menos, sino que tenía unos celos espantosos. Y en este estado de ánimo, más bien confuso, fue cuando se le ocurrió venir a mi amigo Armando, tan oportuno como siempre. Y que además me empezó a hablar en un tono que no me gustó nada. Así es, que habían llamado a la puerta, y que yo fui a abrir.